

Me encantaba subir con el aitona todos los domingos allí arriba. Cogíamos el bocata, la mochila y ¡ala!. Lo que más me gustaba de todo era oír los pájaros, coger mariquitas y...¡A sí, bañarme cuando hacía sol! El aitona mientras me vigilaba, aprovechaba para recoger frutos o para pintar el paisaje. Se podían hacer tantas cosas..., que nos faltaba tiempo para hacerlas.

Pero fui creciendo, y el aitona también, algo que era inevitable. Pero, y aunque me costó mucho entenderlo, también fueron “creciendo” los pueblos de alrededor, cosa que empezó a cambiar la situación.

Deje de estar tanto con el aitona, y dejé también apartados “mis domingos” por un tiempo contribuyendo a que el desastre comenzara.

Un día el aitona dejó de llevarme al río los domingos. Intentó explicármelo, pero yo no lo comprendía: la viveza y alegría del aitona se estaban apagando igual que la del río, porque según él, el río había sido su vida y la de muchos baserritarras, y se la estaban “robando”.

Bastante tiempo pasó, y decidí volver allí para pensar en mi querido aitona. Y, ¿sabéis qué?, por primera vez en mi corta vida me alegré de que mi aitona no estuviera allí, seguro que se echaría a llorar. Ya nada tenía color ni alegría, porque lo habíamos estropeado con nuestros ¿cómo llamarlos?, descuidos o falta de sentido común.

No lo sabía entonces, y no quiero saberlo ahora, porque lo único que sé es que yo, y cada uno de nosotros, somos los culpables de haber estropeado el rincón de mi querido aitona, y el de otros muchos aitonas más.